

na y defensora nuestra", y la primera de las muchas medallas y condecoraciones que entonces le fueron decretadas, que fue la de la Asamblea de Cundinamarca, la hizo incrustar en el marco de *La Bordadita* "para que, dijo, cuando el actual Rector, quitado de la vista, se haya ido también de la memoria, aparezca la Madre de Dios como la verdadera y única Directora de este católico Instituto."

JULIO CÉSAR GARCÍA

## DESILUSIONES DE BOLIVAR

DESDE SUS PRIMEROS AÑOS HASTA "BOYACA"

### A MI PADRE, CARIÑOSAMENTE

¿.....quién sabe si aré en el mar o edifiqué en el viento?.....

S. BOLÍVAR

#### I

La vida de los grandes hombres es para las generaciones subsiguientes un libro abierto de continuo, donde se encuentran las más interesantes apuntes que estimulan y ennoblecen el carácter de los *hombres*; es limpia fuente en donde el espíritu investigador se bebe los sorbos más deliciosos y para el amante de la historia, el manjar más delicado que puede nutrir y robustecer su espíritu.

Los más nimios detalles son pinceladas que conjuntamente formarían un cuadro de vivo colorido y por demás interesante.

La vida multiforme de SIMÓN BOLÍVAR ofrece ancho campo de observación, especialmente su vida íntima, su inquieta psicología, sus batallas internas con la pobreza, con sus dificultades amorosas y mil más accidentes que se aunaron en progresión tenaz con sus admirables proezas militares.

Joven, muy joven todavía, le contemplamos, al través de los tiempos en casa del Marqués de Ustáriz, en Madrid, enamorado apasionadamente de la que más tarde fue su tierna y abnegada esposa, D.<sup>a</sup> María Teresa Rodríguez del Toro, única y mimada hija de D. Bernardo.

Indecibles sufrimientos proporcionó a Bolívar la ausencia de la familia de su futura, que de Madrid se trun-

dió a Bilbao en 1801. Allí estuvo el galante mancebo, pero inútiles fueron sus intentos para llevar a efecto sus pretensiones matrimoniales, puesto que su suegro se oponía a ello debido a la temprana edad de Bolívar, que apenas contaba 17 años.

Pero como nada se resiste en el mundo ante un amor intenso y bien intencionado, regresados a Madrid la familia del Toro y Bolívar, éste pudo efectuar, en los finales de Mayo de 1802, su anhelado proyecto de unión.

Deseoso de pasar su luna de miel en sus haciendas de La Guaira, se embarcó inmediatamente con su esposa para la Coruña, y luego hacia aquel lugar soñado para él,

“El viaje de la joven pareja fue agradable y rápido, y su recepción en Caracas correspondió a sus mejores deseos; rodeado de los afectos más caros a su amor, amante y amado, satisfechas las aspiraciones de su corazón, nada le faltaba a Bolívar para su completa felicidad . . . Al lado de una mujer amada gozó, por algunos meses, de inalterable felicidad, pero los serenos encantos del hogar y los gozos puros de la vida doméstica no le estaban reservados, aunque poseía, en grado eminente, las cualidades necesarias para hacerlas duraderas . . .”

La vida del campo embriagaba sus sentidos y veía indiferente sucederse los días, sin preocuparse por un momento de los terribles golpes que el Destino le tenía señalados en sus inescrutables arcanos.

Bien poco duraron para él aquellos encantadores idilios. Fatídica y terrible se acercaba la hora de sus desilusiones. Una fiebre traidora cebó su venenoso diente en la mujer de sus ensueños y en cinco días puso término a aquella existencia adorada, dejándolo sumido en la más violenta desesperación. En un momento vio desfilan en procesión muerca todos los anhelos de su juventud inquieta, todos los afanes para un futuro exento de pesares; vio alejarse al centro de sus más puros afectos. Diez y nueve años nada más, y ya había experimentado el incalculable dolor de una prematura viudez.

“La muerte de su esposa causóle la primera honda impresión de que nos da noticia la historia. Es la primera de sus hondas hipocondrias, entre las cuales se cuenta su oarta a Miranda cuando el desastre de Puerto Cabello. Pero antes, hubo otra profunda desolación en su alma que al mismo Bolívar cuenta a Fanny Dervieu du Villars en 1801. Esta parece haber sido la segunda mujer que más intensamente impresionara al viajero de América: acaso aquella psicología de su prima, satisfizo, por encima de todo prejuicio sensual al tumultuoso joven millonario: Fanny

fue capaz en alguna ocasión de enviarle para su defensa un puñal y un retrato." (1)

Como Mario ante las ruinas de Cartago, como Hernán Cortés bajo el frondoso follaje del árbol de la noche triste, lloró Bolívar ante la magnitud de su dolor.

Profundamente emocionado, no pudo soportar ante su vista aquellos objetos tan caros a su amor que por todas partes le rodeaban y que a cada instante lastimaban la profunda herida que se había abierto para no sanar jamás, en lo más hondo de su corazón.

Nada lo retenía ya en su tierra nativa, a no ser el entrañable cariño que profesaba a su hermano, a quien legó con generoso desprendimiento lo que le restaba de su grandiosa fortuna. Este negóse rotundamente a aceptar tan noble acción, pero no obstante, Bolívar, que ya tenía premeditado su plan, se disponía a abandonar, si posible, para siempre, a Venezuela, esa tierra querida que mecía su cuna pero que le dio también a beber el amargo acíbar de sus infortunios.

Después de varios meses empleados en sus preparativos de viaje, en el otoño de 1803 se embarcó con rumbo a Cádiz. Luégo visitó en Madrid a D. Bernardo, y aquellas dos almas se confundieron estrechamente y se comunicaron el intenso sentimiento de su dolor.

En Mayo de 1804, en compañía de D. Fernando Toro, se dirigió a París. Aquí presenció con suprema indignación las innovaciones y aspiraciones monárquicas de Bonaparte, lo que impugnaba abiertamente con grave riesgo de su libertad personal.

Fue entonces cuando frecuentemente visitaba Bolívar a Fanny Trobriand y Aristeguieta, quien se decía prima del futuro Libertador. "Fanny, la mujer mundana, de más cerebro que corazón, sutil y calculadora, la parisiense en espíritu que en la gran Babilonia moderna descubre sobre los brazos del amante, en las intimidades del amor, su genio, entrevé el resplandor futuro, sorprende en sus sonetos adolescentes las verdes hojas del laurel, y lo alienta, lo despide a la conquista de la libertad y de la gloria, torturando su corazón en silencio...." (2)

Su alcurnia, su fortuna y relaciones aristócratas eran suficientes credenciales para que Bolívar contrajese amigables relaciones con los personajes más importantes que por entonces residían en aquella metrópoli, con los que departía amigablemente, en especial con los sabios Humboldt y Bompland. Con el primero discutía con delirio sobre la con-

(1) Diego Carbonell, "Psicopatología de Bolívar."

(2) Cornelio Hispano.

vonencia de una futura independencia de las colonias hispanoamericanas, pero el sabio, pesimista en aquella ocasión, le contestó un día a su pregunta "si a su juicio podrían las colonias gobernarse a sí mismas", que en su opinión, "éstas habían llegado ya a la madurez política, pero no conocía a ningún hombre calculado para la empresa de su emancipación."

Bompland por el contrario, le animaba continuamente e infiltró en su ánimo el sentimiento noble y sublime de emancipar a su patria del poder español; no sólo le prodigaba sus consejos, sino que le "ofreció además la mitad de sus rentas con la condición de establecerse en Caracas."

Por aquel tiempo se encontraba en París el noble amigo y viejo maestro de Bolívar, D. Simón Rodríguez, el original filósofo caraqueño "la impotencia de la fuerza creadora, el pintor sin manos, el orador sin voz, el vengador sin espada, el Libertador sin séquito" como le calificó un ameno escritor. (1)

Discípulo y maestro se encontraron en aquella populosa urbe, y convinieron el viaje hacia la Ciudad Eterna.

En Marzo de 1805 salieron a pie y después de marchas lentas llegaron a Lyon donde descansaron algunos días. Continuado el viaje por Chamberry llegaron a Milán, en donde se hacían los más fastuosos preparativos para la recepción del Emperador. Visitaron a Venecia, Verona, Vicenza y Padua, Bolonia y Florencia, en las cuales recibían las diversas agradables impresiones de curiosos juristas.

El joven corazón de Bolívar, a pesar de las torturas filiales que había soportado, abrió sus alas poderosas, al sentir los aires perfumados de la antigua ciudad de los Césares. Profunda emoción le produjo el contemplar y sentir, no bajo las bóvedas de los templos decorados por los grandes artistas, al palpar, las magnificencias del Capitolio, desafiador sublime de bellezas arquitectónicas; parecía convivir en un instante con los grandes Maestros del Arte, de esos que pasaron dejando la luminosa huella de su gloria.

La vista de tanta magnificencia fue musa inspiradora que le hizo soñar y abrigar, para no desistir jamás de ella, la idea de un futuro glorioso, que sirviera de ejemplo a las venideras generaciones.

Ascendió luego al Monte Sacro, y allí, en un momento de febril delirio, se volvió a su Maestro y con voz segura prorrumpió su juramento inmortal:

(1) Lozano y Lozano.

“Conque ¿este es, dijo, el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y de los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la muerte y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano, cien Calígulas y por un Vespasiano, cien Claudios...”

Esté pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfronados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros, pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco por no decir nada -- “JURO delante de Ud, juro por el Dios de mis padres, juro por mi honor, juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”

Una aureola de luz nimbaba su cabeza y el viento jugueteaba con el rizado haz de sus cabellos. A la luz de la luna se divisaban a lo lejos los melancólicos perfiles de los erectos edificios de la Ciudad Eterna.

## II

Apenas transcurridos tres años de su voluntaria salida de Venezuela, Bolívar, siguiendo el rumbo que le señalaban las circunstancias, regresó solo a Caracas, puesto que su leal y buen amigo D. Simón quiso quedarse en Francia, temeroso de ser víctima en aquel país de la persecución española que le asediaba sin cesar.

¡Cuánto cambian los tiempos y con ellos las ideas de los hombres!

Ya no era el joven enamorado de otro tiempo que, envuelto en las redes de su ideal, soñaba con una vida apacible, tranquila, lejos del bullicio y de la vida prorruidora de las multitudes; no era el calculador propietario en que hubiera podido convertirse, si una voluntad suprema

no hubiera señalado su misión redentora que ni él mismo hubiera soñado: era el predestinado para romper las cadenas de la tiranía.

Ya empezaban para él los intrincados asuntos, las anormales situaciones de su vida política; ya sobre el cielo de su vida pública empezaban a formarse espesos nubarrones, presagios de la horrible tempestad que fue su vida agitada y soñadora.

“... ¡Era el Dios de Colombia que lo poseía! Su carácter altivo le hacía emitir sus ideas y conceptos abiertamente y sin rodeos, aun en presencia de Emparán, Virrey entonces de su Patria. (1)

No obstante, la nobleza de su carácter, fue palanca poderosa que lo sostuvo en sus haciendas del Tuy, cuando en Caracas se desarrollaban las sediciones del 19 de Abril. Desde allí seguía con indecible interés los movimientos revolucionarios y no pudiendo contenerse por más tiempo, voló a Caracas a ofrecer sus servicios; siendo aceptado, se le concedió el grado de Teniente Coronel de las Milicias en donde tenía el de Capitán, y fue entonces cuando se le confió, debido a su constante solicitud, la delicada misión de instruir al Gobierno británico.

No buenas simpatías le tenían a Bolívar algunos miembros de la Junta, por lo cual no vieron con agrado la misión que se le había confiado, pero careciendo de dinero para enviar distinto emisario, y habiendo Bolívar ofrecido costear su viaje, tuvieron que aceptar por fuerza su generoso ofrecimiento, proporcionándole como su compañero a D. Luis López Méndez, a quien sí tenían suficiente confianza.

Con esta compañía y la de D. Andrés Bello, que iba como Secretario de la Misión, con las instrucciones necesarias, partió Bolívar para Londres en los primeros días de Junio.

### III

Era de vuelta de Inglaterra el día 5 de Diciembre de 1810, a donde había ido Bolívar a tratar, como ya lo vimos, el trascendental asunto de conseguir por mediación del Gran Marqués de Wesley, Secretario de Estado del Gabi-

(1) En Abril de 1803, Bolívar en compañía de D. Fernando Tomé y otros aristócratas venezolanos, maquinaban la destitución del arbitrario Emparán, sucesor de Las Casas, que oprimía en exceso a sus súbditos.

Denunciado el plan por un traidor, Bolívar fue confinado a su hacienda de donde había venido el 15 de Julio anterior a tomar parte en los asuntos políticos que se desarrollaban en su ciudad natal, preludios de independencia. (O'Leary, Memorias).

nete británico, el apoyo de aquel país para emprender la tormentosa tarea de emancipar a su patria natal.

Bolívar dio cuenta de tan delicada misión, la que no fue, por cierto tan satisfactoria como lo deseara Venezuela, pero fue tal el cambio y diversidad de ideas que se habían acumulado durante su ausencia en la mente de sus conterráneos componentes de la Junta Política, que el futuro Libertador, herido moralmente, se retiró de la ciudad capital y se fue al campo, para mitigar el enorme pesar de que se hallaba poseído.

Más aún: la frialdad con que fue recibido el General Miranda, a quien había logrado traer de Inglaterra, a fuerza de continuos ruegos para que continuase en la tarea emancipadora, mortificó sobremanera su ánimo.

“Bolívar, cuyas ideas se habían atemperado y madurado con el estudio y la reflexión, veía con dolor prepararse la tempestad que se cernía sobre su amada patria, y que no estaba en sus manos conjurarla, pues aunque ya había dado muestras de superioridad mental y de aquel genio activo y emprendedor que estaba destinado a ser tan fatal a la monarquía española, sus compatriotas temían la impetuosidad de su carácter, o como a él mismo se lo oí decir (1) miraban sus proyectos como emanaciones de un cerebro delirante . . .”

Con la primera batalla ocurrida en “La Cabrera”, cerca de Valencia, en que fue vencido el Marqués del Toro, Jefe de la fuerza republicana, comenzaba ya la sangrienta guerra entre americanos y españoles. En esta campaña se hallaba Bolívar ingresado como *voluntario* y fue su iniciación en la portentosa carrera que le prodigó tantas desilusiones y tanta gloria.

El General Miranda, quien como vimos antes, había venido de Inglaterra por las constantes instancias de Bolívar para que coadyuvara en la independencia de su patria común, pronto emprendería su campaña hostil contra el en ciernes Libertador.

El Gobierno, desconcertado y lleno de temor por la derrota sufrida por el Marqués del Toro, puso sus ojos en el General Miranda, para que asumiera el mando supremo de la expedición. Este hubo de aceptar, con la única y expresa condición de que Bolívar no perteneciese a ella!

Miranda había disentido con Bolívar en opiniones políticas poco después de su llegada a Venezuela; ésta la causa para que aquél fuera repudiado tan injustamente en los comienzos de su noble carrera.

(1) O'Leary, Memorias.

¿Cuál sería la desilusión del joven Bolívar y el desaliento que pudo infiltrarse en aquel corazón que tan dilatados horizontes había de explorar en posteriores tiempos!

Tan grande impresión causó en su ánimo la humillante actitud de Miranda, que se dirigió al Gobierno para hacerle conocer la injusticia de que era objeto, advirtiéndole que no se sometía a tan inaudita medida sino después de que un Consejo de Guerra hubiera fallado sobre tan importante asunto.

Fue oída su queja por el Gobierno, quien logró que Miranda retirara su propuesta, pero no obstante, no quiso confiarle el más minúsculo mando en el Ejército, a lo cual tenía derecho por la elevada categoría a que pertenecía ya en la milicia.

Sin embargo, Bolívar tuvo que resignarse, y para no tener que hacer la campaña en calidad de oscuro soldado, acompañó al Marqués del Toro, sirviéndole como su *Edecán*.

#### IV

Posteriormente, el General Miranda tuvo siempre para Bolívar cierta aversión, debido quizá a triviales divergencias políticas, por lo cual no desechara ocasión propicia para ocuparlo, puesto que él, Miranda, había sido investido del mando supremo de las fuerzas, con atribuciones dictatoriales, en las más arriesgadas y penosas empresas, tales como la guardia y mando de Puerto Cabello. Bolívar comprendía la presión moral que sobre él ejercía la mala voluntad de su Jefe; no obstante, supo reprimirse y sacrificarlo todo por amor a su Patria y aceptó la comisión que se le había confiado, no desconociendo que con ello peligraba su reputación y buen nombre y se exponía a captarse la antipatía de sus adeptos y por consiguiente, a oscurecerse para siempre, en sus albores, la huella luminosa que adivinaba en su imaginación de vidente que debería conducirlo a la más alta cima de la gloria.

Monteverde, Jefe realista que en reemplazo de Millares, que había seguido a Puerto Rico en busca de auxilios, se había hecho cargo de las fuerzas españolas, marchaba de victoria en victoria, sembrando el pánico por dondequiera que pasaba, permitiendo a sus soldados los más inmorales actos, escudados con su menguada adición y lealtad al Rey.

El día 30 de Junio de 1812, estando Bolívar en su posada, fue impuesto por Miguel Carabaño, Teniente Coronel, de que algo extraño ocurría en el Castillo de San Felipe.



Parte Bolívar hacia aquel lugar; es enterado de la cobarde traición de Fernández Vinoni y Carbonel. Estos indignos Oficiales, débiles columnas con que Bolívar soñaba levantar el sólido edificio de la justicia y el derecho, habían flaqueado, seducidos por el engaño y falaces promesas de Inchauspe y Jacinto Iztueta, personajes de valía y reconocida influencia, que estaban detenidos en calidad de reos políticos. Estos obtuvieron su libertad en los momentos en que Aymerich, Comandante del Castillo, había salido de él en consecución de nuevas órdenes, apoderándose de la Guarnición y proclamando a viva voz y volviendo las armas contra la ciudad, la soberanía y reconocimiento al Rey.

Tan grandes como la traición fueron los constantes pero inútiles esfuerzos de Bolívar para conjurar la rebelión. Seis días de continuas fatigas, amenazado con sus compañeros a fallecer de sed, agotadas las municiones y demás elementos de guerra y viveres, diezmadas sus reducidas fuerzas, tuvo necesidad de huir cuando sólo le restaban ocho leales compañeros....; era inútil todo esfuerzo, ¡era inútil morir!

Fechada en Caracas el día 12 siguiente, dirigió a Miranda una carta en que le detallaba los desgraciados sucesos anteriores.

En ella exteriorizaba la profunda tristeza y la mortal herida que ellos le produjeron: “¿Con qué valor me atreveré, le dice, a tomar la pluma para escribir a usted habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado con este golpe aún más que el de la Provincia --

.... Mi General, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento en ánimo de mandar un solo soldado. Mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la Patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así, ruego a usted, o a que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello.

... Yo hice mi deber, mi General, y si un solo soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron, no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvarsen la Patria, pero ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos.

SIMÓN BOLÍVAR.”

Se embarcó, pues, con dirección a la Guaira, en un pobre bergantín que encontró en la bahía, llevando dentro de

su corazón el más intenso pesar mezclado de justo resentimiento contra Fernández Vinoni, (1) quien birió con su traición, en la mitad del alma, a aquel pedazo de su vida que se llamaba Patria.

## V

Decepcionado y fuera de sí, Bolívar resolvió abandonar transitoriamente su patria querida y emprendió viaje a Cartagena, en donde a la sazón se trabajaba también por la independencia absoluta del poder español. A esta ciudad llegó a mediados de 1812. Fue recibido amablemente por D. Manuel Rodríguez Torices que encabezaba el Gobierno de la Provincia. Recobrado su ánimo, y sin perder un momento, decidió abrazar con su ardoroso entusiasmo la campaña en favor de la Nueva Granada.

Publicó en seguida una Memoria dirigida a los ciudadanos de ella. Oigámosle:

“Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta Memoria....

“Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria he venido a seguir aquí los estandartes de independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados ...”

Luégo se dirigió particularmente a algunos ciudadanos de Bogotá y al Congreso de Tunja, sobre tan importante asunto. Calurosamente acogidos sus proyectos, encontró el decidido apoyo de grandes mentalidades como D. Camilo Torres que le prodigó servicios altamente eficaces. Al propio tiempo el Gobierno de Cartagena aceptó agradecido los desinteresados y patrióticos ofrecimientos de Bolívar. Le fue confiado el mando de un Cuerpo en las fuerzas del Coronel Labatut, destinadas a arrojar españoles de la Provincia de Santa Marta.

Este Jefe, como Miranda, desde el primer momento pudo apreciar, y con razón, la superioridad de Bolívar, lo que para él, en no lejano tiempo, redundaría en una rivalidad indiscutible, y decidió oponerse abiertamente a proteger y estimular al sublime expatriado.

Con reducido campo de acción y órdenes *precisas*, con que intentaba amordazarle, le destinó al mando de un destacamento en el pueblo de Barranca.

(1) Caro costó a Fernández Vinoni su atrevida felonía. Véase relato de D<sup>a</sup> Soledad Acosta de Samper.

Bolívar rehusó por primera vez sujetarse a órdenes que serían contraproducentes al bien de la Patria y desplegó su más ardiente celo y la más admirable actividad para desarrollar sus propios planes, sometiéndose de antemano a las consiguientes consecuencias.

Entraba en acción: Con meros 200 hombres pobres de armas y mal disciplinados, se embarcó río arriba en dirección a Tenerife, habiendo enviado una intimación formal al Jefe español; negada ésta Bolívar concibió nuevo plan: puesto en práctica, logró intimidarle, haciéndole creer en su superioridad numérica y desembarcó tomando lo que los españoles habían abandonado en su precipitada huida a Valledupar.

Bolívar instruyó al Gobierno y principales ciudadanos de Tenerife implantando el Gobierno republicano y haciéndoles ceñirse a la Constitución de Cartagena.

Sigamos, pues, a brocha gorda los progresos de Bolívar, sus atrevidos y meditados planes.

De Tenerife siguió a Mompox: aquí llegó el 27 de Diciembre. Ya con 500 hombres se dirigió al Banco y de allí a Chiriguaná. Aquí llegó el 1.º de Enero de 1813. En este punto, los españoles le opusieron resistencia decidida, pero fueron, como en todas las poblaciones ribereñas, derrotados, capturándoles "cuatro buques de guerra, dos piezas de campaña y gran número de pertrechos y fusiles."

Sin nueva oposición llegó a Ocaña en el mismo mes de Enero, dejando totalmente desembarazado de cizaña española el territorio del Alto Magdalena.

Llegó la hora del enojo de Labatut: al verse contrariado y desobedecido por Bolívar, puso sus gritos en el Cielo y pidió al Gobierno se le juzgase ante un Consejo de Guerra. La respuesta le fue en extremo desfavorable, no accediendo aquél a su deseo y además, para su despecho, le hizo conocer los grandes e importantes servicios de Bolívar, a quien elogiaba como bien lo merecía.

\* \* \*

Nos hemos desviado un poco, y lo haremos en lo sucesivo, de nuestro intento, que se encamina principalmente a conocer las *desilusiones* de Bolívar; pero ante la prodigiosa iniciativa de este Grande Hombre, la pluma corre ligera y nuestro ánimo se empapa en el justificado sentimiento de admiración por su grandiosa obra.

## VI

Todas las circunstancias favorables a Bolívar y sus celebrados triunfos llegaban a su ánimo con el doble atrac-

tivo de la satisfacción del deber cumplido y de la proximidad de regresar a su Patria, llevando como salvaguardia sus aplaudidos hechos que abonarían el campo y lo fecundarían para regar de nuevo la simiente de independencia, sentimiento que no amenguaban las más anormales situaciones que a diario tenía que vencer y los repulsivos ánimos y adversas voluntades a que tenía que sobreponerse.

En Cúcuta le sobrevino, motivada por bajos y censurables brotes de celos del Coronel D. Manuel del Castillo, una odiosa diferencia con éste, quien poco antes le había prestado sus valiosos servicios y oportunos auxilios cuando Bolívar intentaba atacar a Correa.

Ambos, exaltados los ánimos, se dirigieron al Gobierno de la Unión para arbitrar el asunto. Favorable el fallo para Bolívar, Castillo quedó como su subalterno, lo que le encontró más profundamente.

Esta lamentable desavenencia de los dos Jefes produjo el desacuerdo entre soldados venezolanos y granadinos, lo que sería de una trascendencia nunca esperada contra la causa de la libertad de Venezuela.

Así las cosas, Bolívar obtuvo permiso para proseguir a Mérida y Trujillo, viaje que retardó por necesidades pecuniarías.

Castillo dimitió poco después ante el Ejecutivo y con él varios Oficiales adictos suyos.

Rápidamente y de manera alarmante se disolvía el Ejército, que sólo llegó a constar de 500 hombres, a lo cual tuvo el Libertador que oponer toda la energía de su carácter para evitarlo.

Pero si faltaba una rama al árbol de la libertad, renacía otra más robusta y lozana: Fue entonces cuando el Coronel Rafael Urdaneta escribió a Bolívar: "General: Si con dos hombres basta para libertar la Patria, pronto estoy a acompañar a Usted."

Mientras tanto, Castillo maquinaba contra su temido rival los más censurables actos de venganza que desdeñaba en mucho de la hidalguía de sus sentimientos, a lo que colaboraba ahincadamente su adicto y apasionado amigo Francisco de Paula Santander, que mandaba una pequeña división. Esta, azuzada por su Jefe, exteriorizaba su mala voluntad hacia Bolívar.

Irritado y moralmente impresionado el Libertador partió de Cúcuta con su Estado Mayor y llegó a La Grita cuando se organizaba la fuerza "bajo apariencias harto sospechosas. Dirigiéndose a Santander le ordenó marchar, contestóle éste que no estaba dispuesto a obedecer. Mar-

che Usted inmediatamente replicó Bolívar en tono severo y perentorio, no hay alternativa, *marche usted: o usted me fusila o positivamente lo fusilo yo a usted.*"

## VII

El 17 de Mayo partió Bolívar de La Grita dirigiéndose a Mérida, bajo la protección del Congreso Granadino. En su compañía, entre otros, se encontraba el joven antioqueño Atanasio Girardot que tantos y tan desinteresados servicios prestó a la suya y a Patrias hermanas en el corto lapso de su existencia.

Propicias fueron para Bolívar en esta ocasión las circunstancias, pero tuvo que luchar contra las bastardas aspiraciones de sus émulos, gratuitos rivales que se disputaban el alto honor de ser los libertadores de Venezuela; uno de ellos, el Coronel Antonio Nicolás Briceño, que para su intento no esquivaba sus propios haberes, con el fin de procurarse fusiles y demás elementos de guerra, que quedaron en la inacción, porque su dueño no encontró la confianza y el apoyo del Gobierno granadino.

Habiendo negociado parte de sus equipos militares por de caballería, con reprobación de Bolívar, se internó por la montaña de San Camilo en dirección a Guasdalito.

Yáñez, Comandante español, le salió al encuentro y le hizo prisionero, fusilándole sin hora de capilla, en Barinas, juntamente con las personas que por amistad o por sangre pudieran estar comprometidas con él (!).

Tamaña osadía obligó a Bolívar a declarar el 15 de Junio de 1813 la horrorosa guerra a muerte.

No era perdonable que los españoles ultimasen a cuantos republicanos encontraban al paso aunque no hubieran en absoluto tomado parte alguna en los movimientos de guerra y por eso, al formar tal declaratoria, dice: "¡Venezolanos! Un ejército de hermanos enviado por el nuevo Congreso de Nueva Granada ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros después de haber expulsado a los opresores de Mérida y Trujillo. Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles que os han aniquilado con la rapiña, y os han destruído con la muerte; que han violado los derechos sagrados de las gentes, que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes: y en fin, han cometido todos los crímenes, induciendo a la República de Venezuela a la más espantosa desolación?"

“Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seais culpables.

SIMÓN BOLÍVAR.”

Monteverde se había adueñado completamente de Venezuela y era contra él y Tizarcar contra quienes tendría que habérselas de una manera definitiva para salvar de las garras de la opresión a su amada Patria, de la que ya había tocado su centro. Venciendo montes y salvando innumerables obstáculos, interpuso sus admirables planes que surtieron un efecto decisivo en esta ocasión.

Tizarcar huído de Barinas, impuesto de que Girardot, mandado por Bolívar, le perseguía, se dirigió a Nutrias, y aquí se vio obligado a abandonarlo todo y embarcarse para San Fernando.

Los patriotas posteriormente fueron favorecidos por la suerte, lo que les impulsaba ardorosamente para seguir adelante.

Si grandes penalidades hacían sufrir indeciblemente a Bolívar y sus tropas, grande era también la satisfacción experimentada en los nunca soñados triunfos.

En Taguanes tocó Bolívar en el corazón de las fuerzas españolas dejándolas casi inermes, obstruyendo y rasgando de un golpe la más preciada arteria que les diera vida; Monteverde después de sangrienta batalla tuvo que huir a Puerto Cabello.

Libre ya Venezuela de tan odiado y tenaz contendor, al menos transitoriamente veía ya alborear la aurora de la libertad.

## VIII

Se dice, y con sobra de razón, que la gratitud es planta exótica en el corazón humano. Esto pudo apreciarlo Bolívar, después de tantos y tan diversos obstáculos vencidos para dar expansión y hegemonía absoluta a su país.

En un principio, como toda innovación, pareció a los venezolanos, especialmente a la masa ignara, detestable burguesía incapaz de calificar con justicia el valor de aquella libertad tan gallardamente alcanzada, un crimen de lesa ingratitud, puesto que obedecía, según ella, a contrarrestar a una servil obediencia legendaria, heredada de padres a hijos, desde inmemoriales tiempos.

Así, visto ya que la independencia de España no era un mito, y sí una verdad incontrastable, un hecho consumado, tal favor fue recibido con marcada y desesperante

indiferencia. Esta coyuntura supo aprovecharla el sanguinario Monteverde, vuelto a la palestra, para de nuevo atraerse los ánimos en favor suyo.

Esto desconcertó sobremanera a Bolívar, pero a pesar de todo siguió laborando contra tan adversa corriente de ingratitude y sedición hasta obtener de nuevo el triunfo.

No fue con las armas del guerrero con las que trató directamente sino que tuvo que obrar con la discreción del financiero, con la rigidez del mandatario contra séquito hostil, con la delicadeza del legislador, para implantar un Gobierno incipiente, cuyos secuaces estaban quizá impregnados de sentimientos refractarios a sus vastos y soñados planes.

Bolívar no pudo contraer toda su atención al establecimiento de tal Gobierno, porque otros asuntos de mayor trascendencia reclamaban su inmediata presencia. Era de nuevo, en Puerto Cabello. Los realistas habían sido reforzados de la Península con lo que, alentados, optaron por la ofensiva. En ella, Monteverde, secundado por el Coronel Salomón, jugaba importante papel, que ponía en aquellos momentos en inminente peligro el terreno ganado por la fuerza independiente.

En tan crítica situación llega Bolívar, incorporado a la División de Girardot. Inmediatamente ordena la retirada hasta la cordillera de Bárbula. Aquí se libra un encarnizado encuentro que se decide en favor de los patriotas que persiguen a las fuerzas españolas hasta Las Trincheras. Pero en aquel sitio glorioso y aciago del Bárbula, el día 20 de Septiembre de 1813, un tiro perdido de los españoles vino a ultimar aquella vida preciosa del joven granadino que se llamó con orgullo Atanasio Girardot, cuando aún modulaban sus labios sedientos aquella hermosa y sentida plegaria que encarna en síntesis el sentimiento noble de Religión y Patria que abrigaba su joven corazón: "Permitid, Dios mío, que yo plante esta bandera sobre la cima de aquel monte, y si es vuestra voluntad que yo perezca, dichoso moriré."

Tan inesperada desaparición contristó sobremanera a Bolívar.

El acendrado cariño y gratitud que le profesaba, lo demuestran los merecidos honores que rindió a su memoria veneranda, haciendo resaltar en un Decreto especial sus admirables hazañas y ordenando:

"1.º El 30 de Septiembre será una fiesta aciaga para la República, a pesar de las glorias de que se han cubierto sus armas en este mismo día, y se hará siempre un ani-

versario fúnebre que será un día de luto para los venezolanos

2.º Todos los ciudadanos de Venezuela llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del Coronel Girardot.

3.º Su corazón será llevado en triunfo a la Capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores y se depositará en el mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.

4.º Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquia, (1) en la Nueva Granada.

SIMÓN BOLÍVAR”

Cabe aquí exclamar con el poeta:

“Vivió para su Patria un solo instante;  
Vivió para su gloria demasiado.”

IX

Un halo de adversidad se adivinaba ya sobre los lauros independientes.

Los grandes esfuerzos de Bolívar para constituir un pueblo libre, los innumerables obstáculos vencidos, los inenarrables sacrificios fueron infructuosos porque una fuerza muy superior ejercía su influjo poderoso sobre los patriotas.

Boves, el ultraferoz y sanguinario Jefe español, había desconcertado por completo a los republicanos e infundía el más intenso pánico en los poblados de Venezuela con sus inauditos actos de crueldad e inhumanos y arbitrarios procederes. Toda ponderación es nula ante los cuadros de horror de ese monstruo sin entrañas.

Es cierto que había muerto poco antes, en Urica, pero fue este sitio también la tumba de las ilusiones y anhelos del ejército libertador.

Fue su sucesor el no menos déspota Morales engendró de la maldad y el crimen.

Canario, plebeyo, había adquirido celebridad militar.

En Maturín venció a Bermúdez el 11 de Diciembre. Poco después, en Enero de 1815, ya era de los realistas toda la Provincia de Venezuela.

Bolívar, luégo de ingentes obstáculos, viendo fallidos todos sus proyectos, aniquiladas todas sus reservas y no creyendo posible una reacción, al menos por el momento, se hizo a la vela de Carúpano para la isla de Margarita en donde el General Arismendi no le permitió el desembarco.

(1) ¿Si estaría mal impuesto el Libertador de la ciudad natal de Girardot? Este nació en Medellín el 9 de Mayo de 1791.



Desesperado, tomó con el General Mariño la vía de Cartagena a donde llegó por segunda vez en los finales de Septiembre.

En esta ocasión fueron las circunstancias desfavorables las que le impusieron el doloroso deber de abandonar de nuevo a su Patria y buscar en tierra extraña un lenitivo a sus pesares.

De nuevo la hidalga Cartagena se mostró generosa y hospitalaria para él. Aquí empezó otra vez su campaña salvadora con optimismo digno de aquel Genio Creador. Al Presidente del Congreso Granadino dirigió un Mensaje en que daba cuenta detallada de sus hechos para justificar su conducta por los fracasos anteriores.

Posteriormente emprendió marcha hacia los lugares que jubilosos habían presenciado sus anteriores triunfos y por último entró triunfante en la Capital de Colombia.

La envenenada ponzoña de la malquerencia de sus enemigos personales, vino a mortificarle en grado sumo.

El Coronel Castillo publicó en Cartagena una inculpación violenta contra Bolívar, haciéndole responsable del descalabro sufrido en Venezuela y de otros cargos aún más desdorosos, con el ánimo de conquistarle la mala voluntad, el descrédito y desprestigio de la colectividad y del Gobierno.

Tan vulgares armas esgrimidas contra un hombre superior, que no necesitaba mayor esfuerzo para vindicarse, siempre mortificaron profundamente a la víctima, pero el Gobierno, justiciero, dio a Bolívar las más explícitas satisfacciones, desechando la rastrera artimaña de Castillo. Este, naturalmente contrariado, y como era de alguna influencia en la Provincia de Cartagena, predispuso los ánimos del pueblo en contra del Caudillo y sus tropas que debían pasar para Maracaibo. Esto fue fatal para el Libertador. Este poniendo como intermediario a D. Rafael Revenga logró que Castillo le aceptara una entrevista en Zambrano, población ribereña del bajo Magdalena. Convenida la hora, éste no concurrió, como Bolívar, al punto de la cita. Más tarde se supo, esto fue motivado por la deslealtad del emisario de paz.

Las calamidades de aquellos climas deletéreos y la escasez de recursos pecuniarios habían contribuido a diezmar las fuerzas libertadoras, en las que imperaba el más profundo desaliento.

¡Anormales situaciones de los Grandes Hombres en las grandes obras que influyen poderosamente para decidir las más temerarias determinaciones!

Bolívar doblegando su amor propio, nuevamente envió a su camarada y compañero de confianza, Coronel Tomás Montilla, delante del Gobernador, con el encargo de hacerle conocer sus sentimientos pacíficos y su ardiente deseo de emprender la campaña de Santa Marta, para lo cual le solicitaba su benéfica ayuda. Montilla al llegar a Cartagena fue vilmente insultado por la turba y ¡cuál se vio para salvarse de la muerte!

Bolívar mientras se imponía de la comisión encargada a Montilla, había decidido pernoctar en Turbaco, y esperar allí una solución que ansiaba satisfactoria.

Entonces fue impuesto del inicuo recibimiento de su enviado y en el colmo del desengaño decidió acercarse a la ciudad, lo que hizo el 27 de Marzo, dando cuenta inmediatamente al Gobierno en los siguientes términos:

“Oprimido del más profundo dolor, tomo la pluma para participar a V. E. que la medida de los males de la República se ha colmado, y que el imperio de las pasiones ha preponderado, hollando los deberes más sagrados, los intereses más caros y los vínculos más tiernos.

Todo se ha propuesto al Brigadier Castillo, a la ineptitud del Gobernador Amador y a la debilidad del Señor Marimón.

No hay género de ofertas amistosas que yo no haya hecho a mis encarnizados enemigos, y no hay género de ultrajes que ellos no me hayan retribuido por este desprendimiento. Por complacerlos he perdido en Mompox más de un mes, más de setecientos hombres y más de cuarenta mil pesos.

Por ganarles su confianza, he ofrecido mi amistad a los mismos que me han deshonrado a la faz del mundo, y he mostrado una moderación y un sufrimiento el más estóico, se me ha burlado de todos modos y yo he parecido no conocerlo.

Se me ha temido y yo he procurado inspirar confianza. Por último, se me ha proscrito; se afecta que sólo yo les soy odioso; les propongo pues, dejar el mando del Ejército y retirarme a las Colonias para salvar así a mis compañeros de armas de las ruinas que los amenazan por estas disenciones. La respuesta a esta generosa resolución es admitir mi dimisión y negar de nuevo los auxilios, sin que mi separación animase a Cartagena a cumplir con las órdenes de V. E.

La extremidad a que nos vemos reducidos, expuestos a perder el ejército infaliblemente por las pestes de viruelas y calenturas, por la falta de recursos pecuniarios... por las deserciones y por las intrigas que desalientan a los

más fervorosos defensores de la República; en esta extremidad, digo, me resolví a dejar el mando del ejército para que se le auxiliase estando a los órdenes de otro General.

Juro por mi honor que no volveré a encontrarme en otra guerra civil, porque he jurado en mi corazón no volver a servir más en la Nueva Granada, donde se trata a sus libertadores como a tiranos, donde se infama impunemente al honor y a la virtud."

Bolívar y sus tropas establecieron su Cuartel General en el Convento de "La Popa."

Aquellos soldados que habían sufrido los rigores del hambre, la escasez y toda clase de calamidades, no tuvieron al llegar a Cartagena ni siquiera el placer de aplacar su ardorosa sed, porque Castillo y sus secuaces habían calmado la suya de sevicia y de venganza, envenenando las aguas de aquel lugar y arrojando en ellas cueros y perros muertos.

Bolívar lo supo, pero se resistía a creer que la maldad humana llegara a adquirir tamañas proporciones. Para que sus hombres hicieran lo propio, bebió el primero de aquella mortífera cicuta.

Si nó la muerte instantánea, sí encontraron en aquellas aguas el germen de tantas enfermedades, que los obligó a desistir de su uso y a soportar la sed.

La confabulación de Castillo, Marimón, Mariano Montilla, los sacerdotes, los soldados y cuantos hombres eran hábiles para las armas en Cartagena, contra Bolívar, según su propia enumeración, había traspasado los límites de la iniquidad y la pasión.

Infructuosos todos sus esfuerzos y desvelos, sus innumerables propuestas de armisticio, contraponiendo su amor propio, su noble orgullo, su carácter, su gloria misma, en bien de la Patria, resultando estéril toda iniciativa, optó por su propio destierro, abandonando su Patria adoptiva, y así lo hizo, yendo a Jamaica, a lamentar en tierra extraña en las calcinadas playas del Caribe, cuánto pueden, contra los nobles ideales, las mezquinas pasiones de los hombres.

## X

En su proscripción, Bolívar no permanecía inactivo: a pesar de las deficiencias de la comunicación, se mantenía hasta donde era posible al corriente de los sucesos que se desarrollaban en el Continente.

La Patria se privó transitoriamente del concurso personal de aquel hijo dilecto, pero obtuvo la fecundidad de su cerebro luminoso. Allí en aquella isla solitaria que, so-

gún la historia, fue regada tres siglos antes con el lloro del loco genovés, vio la luz, en un periódico de Kingston la famosa carta, aquel acopio de erudición histórica, que Bolívar dirigió a un caballero de la América del Sur y que se tilda como la célebre carta de Jamaica.

Necesidades de otro género vinieron a mortificarle en aquella época aciaga: aquel hombre que había nacido mimado por la Diosa Fortuna, que disfrutó los favores de una vida holgada, que palpó los halagos de la abundancia, se vio entonces sin un céntimo y privado hasta de los recursos para su propia manutención.

Hospedado en una posada cuya propietaria era una hembra egoísta y desconfiada, que adivinó la paupérrima situación de su insigne comensal, le arrojó a la calle no sin antes haberle prodigado bajos y humillantes insultos.

Bolívar, dolorosamente herido, abandonó para su bien y propia conservación aquel lugar, y fue en busca de otro más modesto alojamiento.

En tan apremiante situación escribió el 30 de Octubre a su leal amigo Hislop, que le había ofrecido en varias ocasiones, desinteresadamente, proporcionarle recursos para sus necesidades:

“Obligado por la más absoluta necesidad, me tomo la libertad de molestar a usted, confiado en las ofertas generosas que a nombre de usted me hicieron nuestro amigo común y difunto, General Robertson y Mr. Chamberlaine.

“Ya no tengo un duro; ya he vendido la poca plata que traje. No me linsonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted; sin él, la desesperación me forzará a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar los auxilios de hombres más insensibles que su oro mismo.

“Si usted no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa.

“La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de haber perdido todo, pero mi gratitud será eterna.”

No salieron fallidas sus esperanzas porque Hislop atendió con generosidad y largueza a su solicitud.

Instalado Bolívar en su nueva habitación, se ocupó en el trasteo de sus escasos haberes, pero no encontrando a su criado, fue a casa de uno de sus amigos, quien le invitó a comer.

Inútil toda pesquisa para encontrar al criado, Bolívar que estaba resuelto a no volver a la posada que tanto su-

frimiento moral le había proporcionado, se decidió pues a pasarse una mala noche y se retiró a su nuevo domicilio.

No hacía mucho que él había salido, para no volver, de su primitiva posada, cuando llegó en su busca su amigo Félix Amestoy, quien iba a despedirse en viaje para Santo Domingo. Como nadie estaba impuesto del definitivo proyecto emigratorio de Bolívar, Amestoy decidió aguardarle. Muy entrada la noche, al ver que su esperado no llegaba, se recostó en la hamaca en que sólo Bolívar solía dormir, y no tardó en quedarse profundamente dormido.

Eran más o menos las once, cuando amparado por la densa oscuridad de la noche, entró en el aposento un negro ingrato llamado Pío, que desde tres meses antes espiaba la ocasión propicia para asesinar al Libertador, crimen pagado por un polaco que le odiaba apasionadamente. Pío, sigiloso, pudo imponerse de que la hamaca no estaba vacía y sin vacilación se abalanzó sobre ella, cosiendo a puñaladas al que la ocupaba.

¡Ironía del Destino! El pobre Amestoy, por su noble antagonístico sentimiento, fue el blanco de la depravación y el crimen.

El asesino huyó, ignorando lo inútil de su acción, pero al siguiente día fue aprehendido. Bolívar, generoso, y como siempre noble, abogó para salvarle la vida y proporcionarle la evasión, pero no obstante fue sentenciado a muerte, pagando con su cabeza, poco después, su criminoso intento.

## XI

Para Bolívar, tan embarazosa situación había calmado un tanto y a su rededor se había hecho la vida común. El no podía conformarse con aquel marasmo a que necesariamente se veía encadenado.

Aquel espíritu espartano, concentración de tempestades, alma vaciada en el molde de los antiguos exponentes militares, caudaloso y represado río, se desbordaba, saltaba de madre en la inacción, estando aún su Patria con el dogal al cuello y el azote en actitud hostil y amenazante.

El no podía permanecer indiferente; él sentía la necesidad imprescindible de obrar, de iniciar de nuevo la campaña contra la tiranía, pero . . . ¿qué hacer?

Bien pronto encontró la solución del intrincado enigma: En los finales del Diciembre de 1815 desembarcó en Los Cayos y siguió en el acto para Puerto Príncipe. Tenía en mira conquistarse las simpatías de Petion, Jefe del Gobierno haitiano. Este había sido impuesto y admiraba

hasta el delirio los enormes sacrificios de los republicanos para desasir los eslabones de la esclavitud, en especial a su Jefe por su inquebrantable voluntad, muralla de acero que, salpicada con el lodo de pocilgas inmundas, conciencias depravadas, se mantenía curuscante, erecta, con bases de granito.

Con marcadas muestras de simpatía fue recibido Bolívar en Haití, y entrado en materia, pedidos los auxilios necesarios para correr nuevamente los riesgos de la campaña emancipadora de su Patria, le fueron concedidos con mano pródiga y generosa.

Otra vez la buena suerte mostraba su faz consoladora a los patriotas.

No sólo el Gobierno sino también los principales comerciantes de Haití fueron hidalgos en esta ocasión, especialmente el Sr. Sutherland y Pavageau le fueron eficaces a Bolívar, por quienes conservó éste una gratitud que como su entusiasmo sería imperecedera.

De regreso a Los Cayos, Bolívar convocó una reunión a la que asistirían los patriotas que habían llegado posteriormente, emigrados, entre los cuales se hallaba Anzoátegui, Ducoudray, Bermúdez, Piar y otros.

Acordados los proyectos, no sin la impertinente modificación de Aury que fue rechazada y que dio margen a chocantes desavenencias resultando necesariamente la separación de unos pocos, entre ellos el mismo Aury y Bermúdez, de la expedición proyectada a Venezuela.

No había tiempo que perder; reunidos 250 hombres, emprendieron marcha el 31 de Marzo, la mayor parte oficiales.

Después de un encuentro naval con agentes del Rey, en que salieron airoso los patriotas, arribaron el 3 de Mayo a Juan Griego, puerto en la isla de Margarita.

Arismendi, Gobernador de ella, fue inmediatamente a manifestar a Bolívar las más expresivas manifestaciones de cariño y convidarlo a desembarcar (!) Muy otra fue su conducta para con el Libertador en tiempo no lejano.

Juntos fueron a Villa del Norte, al Cuartel general de Arismendi.

Bolívar tenía el ardiente deseo de convocar una Asamblea para deliberar sobre una Acta hecha por los militares viajeros, en Los Cayos, y para "imprimir el sello de legitimidad" a su improvisado ejército. Así lo manifestó al Gobernador, quien le ayudó eficazmente, y el deseo de Bolívar fue una realidad.

El 7 de Mayo se reunió la tal Asamblea, aprobando todo lo que Bolívar había llevado a efecto y reconociéndole

además como Jefe Supremo y a Mariño como segundo Jefe de la República.

Oigamos a Bolívar que siempre optimista, lleno de ansiedad y de indescriptible júbilo, podía ya de nuevo dirigir su voz a los hijos de su Patria, aquella Patria tantas veces y tan dolorosamente abandonada.

“Venezolanos: hé aquí el tercer período de la República. La inmortal isla de Margarita, acaudillada por el intrépido General Arismendi, ha proclamado de nuevo el Gobierno independiente de Venezuela, y le ha sostenido con un valor sublime contra todo el imperio español.

Vuestras reliquias dispersas por la caída de Cartagena, se reunieron en Haití.

Con ellas y con los auxilios de nuestro magnánimo almirante Brion, formamos una expedición que por sus elementos, parece destinada a terminar para siempre el dominio de los tiranos en nuestro patrio suelo.

“Venezolanos: Vosotros y vuestros amigos extranjeros no vienen a conquistaros: su designio es combatir por vuestra libertad, para ponernos en actitud de restaurar la República sobre los fundamentos más sólidos. ---

.....

Espanoles que habitáis en Venezuela: la guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis; si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados.”

“Venezolanos: no temáis la espada de vuestros libertadores; vosotros sois siempre inocentes para vuestros hermanos.”

Después de seis largos días de penosas luchas con las embravecidas olas del mar, arribaron el 1° de Junio a Santa Rosa de Carúpano las reducidas fuerzas independientes.

Habiendo sido divididas en dos cuerpos, fueron confiados cada uno de ellos a Piar y Soublette, que entraban en acción con ardoroso celo.

Bolívar se ocupaba a la sazón en acrecentar el número de su ejército. El no cejaba jamás ante los sentimientos inconformes de sus émulos ni ante lo irremediable al parecer, de la adversidad momentánea, para desligar el gris llete secular que oprimía a su pobre Patria, por mil títulos queridos. El supo improvisar soldados valerosos de elementos refractarios, de burdos montaraces que, como por encanto, se convertían por su valor admirable, en el espanto y continua pesadilla de los españoles.

Grande fue el pánico que se apoderó de los realistas al circular por toda Venezuela la para ellos fatal noticia del desembarco de los patriotas. Prontamente empezaron

a evacuar las principales poblaciones en que estaban imperantes.

Cires, General del Rey, al imponerse de que Bolívar estaba instalado en Carúpano, el 3 de Junio, después de instruir a todos los suyos, diseminados en todo el territorio, siguió a no perder de vista a los patriotas y a espiarles sin descanso.

Bolívar ordenó fuego contra la compañía de Cires pero fue rechazado brutalmente. Esto animó al español, que con más ardor dispuso lo conveniente para aumentar sus fuerzas. Confiado en su número e infatuado por la buena suerte en el anterior encuentro, intentaba un nuevo ataque. Impuesto Bolívar, dejó al frente de su enemigo cien de sus hombres y con los restantes se embarcó para Ocumare el 1.º de Julio.

Desembarcado el 5 del mismo mes, proclamó la cesantía de la guerra a muerte y la libertad de los esclavos.

Esta última medida, brote de humanitario sentimiento, le granjeó antipatías de muchos de sus adeptos, porque tan filantrópica decisión afectaba directamente sus intereses personales.

Soublette y Piñando hacían su agosto en Maracay, contra los Húsares de Fernando.

Una fatal noticia se llegó como una montaña de dolor sobre los patriotas al enterarse de una carta interceptada al acaso, que comunicaba la próxima llegada de Morales, quien regresaba de la Nueva Granada a Valéncia con enormes fuerzas y dotado de toda clase de recursos y pertrechos.

De la esquila, el primero que tuvo conocimiento fue Soublette, en el citado punto de Maracay, quien optó por retirarse, desandando el camino, hasta situarse en la parte inferior de Mariara, cerca al río de la Piedra.

Allí se aprestó para un posible ataque. En efecto, Morales con 600 hombres le atacó furiosamente. El Jefe patriota se sostuvo, ordenando a su tropa los movimientos que creía necesarios para la defensa. Inmediatamente dio cuenta a Bolívar de lo acaecido. Este con 200 hombres que tenía listos, voló en auxilio de Soublette, dando a la vez orden a Piñango que con su tropa se encaminara inmediatamente con el mismo objeto.

El día 13, Morales de nuevo había atacado, pero en lo más reñido del combate se presentó el Libertador; no obstante los independientes tuvieron que ceder al número enemigo y tuvieron que diseminarse.

Bolívar resolvió encaminarse al puerto, distanciado cinco kilómetros del lugar del descalabro, donde se ocupa-



ría en el embarque de todos los elementos de guerra que allí había, que tan necesarios le eran en los momentos y que no debía dejar factibles al enemigo.

La más indecible emoción reinaba en el puerto. Personas de todas clases y sexos ansiaban emigrar; tal el justificado terror que les inspiraban los españoles.

El Libertador hubo de apelar a la fuerza contra la hostilidad de los marinos que se negaban a cumplir sus disposiciones en tan críticos momentos.

En estas circunstancias, jinete en brioso corcel se presenta su Edecán Alzuro que, fingiéndose enviado de Soublotte, impone a Bolívar de que Morales habiase adueñado del pueblo y era inútil resistir, puesto que todo estaba perdido.

La falsa y alarmante noticia indujo al Jefe a embarcarse inmediatamente para salvar el armamento y talvez evitar el aniquilamiento y destrucción de su reducida tropa.

Alzuro regresado a Ocumare anunció a Soublotte que el Libertador se había hecho a la vela antes de recibir la noticia, muy distinta de aquél, y que había dejado en la playa a Salom sin saber que solución adoptar.

Esta traición de Alzuro, que no otra cosa pudo ser, tergiversando el recado del Jefe subalterno, fue para Bolívar un fracaso mayúsculo, puesto que su decisión fue y ha sido pasto de la crítica más acerba, tachándole su conducta y haciéndole aparecer como desleal y cobarde.

Tan denigrantes epítetos llegaron a Bolívar como un hálito glacial, que a no chocar con la Tarpeya de su voluntad, habría muerto en pañales la libertad de América.

## XII

El 16 de Agosto, tras larga y penosa jornada, desembarcó nuestro héroe en Guiria, esperando encontrar en este sitio a sus leales compañeros de armas. Sucesos extravagantes le esperaban allí.

Mariño cegado por la envidia, y anheloso del mando como Jefe único de los patriotas, se había palabreado con Bermúdez, a quien logró disuadir y predisponer en contra de Bolívar.

Ambos levantaron en la tropa una opinión adversa al Libertador, pero a pesar de todo, éste encontró adictos que supieron sostenerle hasta el último momento.

Apenas llegado Bolívar, Mariño y Bermúdez exteriorizaron su mentido acendrado encono, manifestándole el desconocimiento de su autoridad y su actitud siempre lista para hacerle sentir su oposición.

Bolívar, agriado naturalmente, les reprochó tan insolente y antipatriótica rebeldía, lo que produjo un violento altercado, que a no ser por la oportuna intervención de otros, aquello se habría convertido en revuelto campo de Agramante.

Esto redundaría indefectiblemente en serias consecuencias para la causa común que defendían.

Entonces Bolívar creyó lo más prudente abandonar aquel lugar y dirigirse a Margarita, y fue al puerto en busca de embarcación.

Bermúdez, cegado por la ira, le persiguió con mano armada y a no ser porque Bolívar supo mostrarse altivo *vis a vis*, desenvainando su espada nuevamente, de manera fatal habría terminado el lance, al no interponerse algunos amigos que estaban en el puerto.

Todo conspiraba contra él: otra vez en alta mar, cuántas veces se vio a punto de perecer sepultado por las embravecidas olas, en una tempestad de tres días desencadenada durante su penosa odisea, y además el encuentro con flotillas enemigas que a cada paso le hacían variar de rumbo.

Impuestos de los funestos sucesos de Guiría, las gentes sensatas y los oficiales de Mac Gregor, hicieron la más sincera protesta y se impusieron a todo trance la tarea de atraerse a Bolívar para militar bajo sus sabias órdenes. Al efecto, enviaron al antioqueño D. Francisco Antonio Zea a Puerto Príncipe para que persuadiera al Libertador de su lealtad y ardiente anhelo.

Zea cumplió fielmente su cometido y sin trabajo alguno realizó satisfactoriamente su encargo.

Juntos se pusieron en marcha, llegando el día de San Silvestre a la ciudad de Barcelona.

Aquí tenemos pues a nuestro héroe, al frente de sus huestes, plétórico de entusiasmo y rebosante de fe, dispuesto siempre a extirpar con su brazo prepotente, bajo los más halagüeños auspicios, a los opresores de su país.

\* \* \*

De poca relativa significación fueron las calamidades ocurridas a Bolívar hasta llevar a cabo la inmortal jornada de Boyacá, lo que nos propusimos narrar de la manera más clara y conforme con los documentos históricos que se han escrito sobre el Grande Hombre.

Cierto que a él como a sus compañeros de armas, cada sol les traía una desilusión, un pesar, una situación difícil, pero ellos, animosos y amantes hasta el delirio de la

libertad republicana, siguieron sin desmayo siempre adelante, hasta colmar la medida de sus anhelos.

Cierto que en el curso de las anteriores "DESILUSIONES", nos hemos mostrado amantes y admiradores—como lo somos exageradamente, si cabe—del más grande de los libertadores de los pueblos, sin dar cabida en nuestro ánimo a las debilidades que, poseedor como todo mortal, de "la armadura de la carne" pudiera cometer.

Quede a otras plumas autorizadas la censura—si posible—de los actos reprochables, como la declaratoria de la guerra a muerte, por lo cual se le tildó de cruel, arbitrario, déspota, tirano y otros conceptos despectivos con que se ha pretendido oscurecer la luminosa huella de su gloria.

Viene al colmo repetir con Cornelio Hispano:

"¿Fué Bolívar bueno? Desde luego hay que observar que las reglas normales, los criterios ordinarios aplicables a la mayoría de los hombres están aquí fuera de lugar; sus dimensiones y alcances son insuficientes, ineptos, precarios. Bolívar no era bueno como lo es, por ejemplo, nuestro venerado Padre Almanza, pero fue un virtuoso Jefe de Estado, como lo fue Marco Aurelio. Con las santas virtudes del Padre Almanza no se hacen revoluciones, ni se ganan batallas ni se fundan Repúblicas, ni se conquista la gloria terrenal. Demás de que Bolívar no fue formado ni educado para la temperancia y la moderación.

Creció sin padres, sin disciplina, a sus anchas, en medio de los placeres y del desorden, llegó en los campamentos combatiendo las supersticiones y el fanatismo de los pueblos y las legiones del Rey de España, fue amo y señor de sus actos, dueño de vidas y haciendas, árbitro de los destinos de medio Continente. Un hombre encargado de cumplir la misión a que él dio cima, no podía tener más religión que sus ideales políticos y terrenos, ni más Dios que el éxito."

El tenía que obrar a mano armada contra las vicisitudes que momento a momento se interponían en su camino; él mismo lo escribió a Sucre en alguna ocasión: "Usted es el hombre de la guerra, yo soy el hombre de las dificultades."

Por esto se hace más grande su obra, más enormes los lauros de su corona de triunfos y más larga su sombra, al declinar el Padre Sol en el Ocaso, según la decidora expresión del Cura Choquehuanca.

BERNARDO PUERTA G.

Medellín, Agosto 7 de 1919.